

Naturaleza, espacio y sociedad: notas acerca de *Uneven Development*, de Neil Smith*

David Saurí i Pujol**

Résumé / Abstract

Le thème de la nature a été relegué au deuxième plan dans la plupart des études de géographie marxiste. Le livre de Neil Smith –*Uneven Development*– essaye de couvrir cette lacune théorique et a pour objectif d'intégrer géographie et pratique, nature et société, en une théorie marxiste du développement inégal. Les théories de la dépendance et du centre-périphérie n'expliquent pas la géographie du développement inégal à des échelles plus petites que la planétaire, comme résultat d'une conceptualisation erronée des relations entre espace et société, et à un niveau plus général entre nature et société. L'auteur nous offre une interprétation alternative, de ces relations fondées sur le concept de production comme élément unificateur, c'est à dire, le capital «produit» nature et il «produit» espace aussi.

* * *

Nature has been relegated to a second ground in the large bulk of recent studies that fall into Marxist geography. The book by Neil Smith –*Uneven Development*– tries to cover that theoretical lagoon and aims at integrating geography and political practice, nature and space, in a Marxist theory of uneven development. Dependence

* Neil Smith (1984) *Uneven Development. Nature, Capital and the production of Space*. Oxford, Basil Blackwell.

** Graduate School of Geography, Clark University, Mass. EE UU.

and centre-periphery theories never explain the geography of uneven development at a scale lower than the globe, due to an erroneous conceptualisation of the relationships between space and society, and at more general level, between nature and society. The author offers an alternative interpretation of those relationships based on the concepts of production as a unifying element, that is, capital «produces» nature as it «produces» space as well.

Es evidente que el tema de la naturaleza ha quedado relegado a un segundo plano en la mayoría de los estudios de geografía marxista. No obstante, Neil Smith –formado con Harvey– en un reciente libro¹ se propone un doble y ambicioso objetivo: integrar geografía y práctica política, naturaleza y espacio, en una teoría marxista del desarrollo desigual. Este último no es simplemente un fenómeno histórico peculiar del modo de producción capitalista, tal y como se ha venido interpretando tradicionalmente. El desarrollo desigual, manifestado en hechos como el declive de ciertas regiones, la industrialización de algunos países del Tercer Mundo, los procesos de «gentrificación» del interior de las áreas urbanas, e incluso en una nueva geopolítica, debe entenderse ante todo como un producto de la geografía del capitalismo, e interpretarse teórica y políticamente desde esta perspectiva. De ahí la necesidad de unir dos tradiciones, geografía y práctica política, que representan, según Smith, dos elementos básicos para entender las condiciones bajo las cuales ocurre el desarrollo desigual.

En la introducción, el autor nos señala que «...el desarrollo desigual es la expresión geográfica de las contradicciones inherentes en la constitución y en la estructura del capital» (p. xi). Entre estas contradicciones, Smith destaca las tendencias opuestas pero simultáneas hacia la diferenciación y la igualación, que gobiernan las condiciones de producción capitalista. Para entender los modelos espaciales que emergen de estas tendencias no debemos limitarnos a su análisis a escala mundial, en el sentido que tienden a operar las teorías de dependencia y de centro-periferia. Según Smith, estas teorías se hallan pobremente preparadas para explicar la geografía del desarrollo desigual, especialmente a escalas menores que la planetaria. Ello se debe, apunta el autor, a una errónea conceptualización de las relaciones entre espacio y sociedad (el primero simplemente «reflejando» a la segunda) y, a nivel más general, entre naturaleza y sociedad, contemplados como algo totalmente separado. Neil Smith –formado con Harvey– en un reciente libro se propone un doble y am-

bicioso objetivo: integrar geografía y práctica política, naturaleza y espacio, cador. Esto es, el capital «produce» naturaleza y «produce» espacio. Estas son las ideas que Smith explora en la primera parte del libro y que constituye el fundamento de su teoría del desarrollo desigual.

Los dos primeros capítulos de *Uneven Development* están dedicados a reflexionar sobre las relaciones entre naturaleza y sociedad en su vertiente ideológica, y a desarrollar la noción de producción de la naturaleza por el capital. En el primer capítulo, Smith lleva a cabo un brillante análisis de la ideología de la naturaleza que predomina en la sociedad actual. Esta ideología se basa en una concepción dual y contradictoria que se remonta a Kant. En tanto que dominio de los objetos y procesos que existen fuera de la sociedad humana, la naturaleza es *externa* a ésta. Sin embargo, es al mismo tiempo *universal*, en el sentido de que su totalidad abarca también a los seres humanos. Smith ilustra esta contradicción con un ejemplar análisis del tratamiento que se otorga a la naturaleza en el pensamiento científico y en la poesía norteamericana del siglo XIX. El idealismo presente en esta ideología de la naturaleza esconde, en realidad, una visión profundamente conservadora, en tanto que legitima la dominación de la naturaleza por el capital y, por otro lado, hace aparecer al modo de producción capitalista como el resultado inevitable de leyes naturales. Así, toda posibilidad de progreso y superación de la etapa histórica del capitalismo es rechazada como antinatural. Esta ideología penetra también en los análisis de la naturaleza realizados desde una perspectiva marxista, particularmente por los miembros de la escuela de Frankfurt. Smith somete a una dura crítica uno de los libros clásicos sobre el tema, *The Concept of Nature in Marx*, de Alfred Schmith. Smith reprocha al autor de esta obra una lectura idealista de los escritos de Marx, en la que se sigue manteniendo la dualidad contradictoria del pensamiento burgués, así como el subordinar la lucha política contra el específico dominio capitalista de la naturaleza a la cuestión, mucho más vaga del dominio y abuso de la naturaleza por parte de la especie humana como todo.

Smith propone sustituir la noción de dominio de la naturaleza por la producción. El desarrollo de esta idea representa probablemente una de las mejores aproximaciones teóricas a un tratamiento marxista de la naturaleza llevada a cabo en la geografía radical anglosajona. En síntesis, el autor utiliza el marco teórico elaborado por Marx para... «renovar nuestra concepción de la naturaleza de manera que el dualismo de la ideología burguesa pueda ser reconstituido en una unidad integral, la unidad del capital» (p. 32). Aquí Smith se enfrenta a una doble dificultad. Por un lado, la paradoja que supone la noción de producción de la naturaleza, ya que, por definición, el mundo natural es precisamente aquello que no puede ser producido. Por otra parte, Marx

nunca elaboró una teoría específica de la naturaleza, y sus dispersas referencias sobre el tema resultan de difícil interpretación.

El análisis de la producción de la naturaleza empieza con el examen de la producción en general, ya que ésta constituye, por medio del trabajo humano, la relación más básica entre naturaleza y sociedad. Históricamente, predomina, en primer lugar, la producción de valores de uso. No obstante, con el desarrollo de las fuerzas sociales y de la producción de mercancías, la unidad previa del «mundo natural primitivo» se resquebraja y la relación con la naturaleza empieza a ser crecientemente regulada por las instituciones sociales. A través de la producción de mercancías, apunta el autor, una segunda naturaleza emerge de la primera. Esta segunda naturaleza está formada precisamente por las instituciones sociales (propiedad privada, dinero, mercado, etc.) destinadas a regular la producción de mercancías, esto es, la transformación productiva de la primera naturaleza.

Bajo el modo de producción capitalista, prosigue Smith, la relación dominante con la naturaleza se ejerce a través del valor de cambio. La primera naturaleza es incorporada plenamente en el proceso de producción y reproducción de plusvalía, el único origen del beneficio y de la acumulación de capital. De este modo, concluye Smith, la unidad inicial entre naturaleza y sociedad es redefinida por el capital a través del proceso de producción. A ello contribuye el espectacular desarrollo de las fuerzas productivas (tecnología) alcanzado bajo el capitalismo. El autor puntualiza que los elementos de la primera naturaleza no dejan de ser «naturales» (en tanto que sometidos a leyes físicas). Sin embargo, bajo las condiciones de producción capitalista se hallan tan mediatizados por las fuerzas sociales que puede decirse que son socialmente producidos.

No obstante, el proceso de producción de la naturaleza no conlleva adquirir un control sobre ésta. En lugar de ello, «el capitalismo crea barreras a su propio futuro» (p. 59). Como recordara Engels hace un siglo, cada avance en la producción de la naturaleza significa exacerbar las contradicciones en que se mueve el modo de producción capitalista y que toman la forma de escasez de recursos naturales, polución medioambiental, mayores riesgos naturales y tecnológicos, etc. Esta «venganza» pone en entredicho la noción de dominio de la naturaleza que, para Smith, no es el elemento clave de la relación. En su lugar, la cuestión primordial no es si, o hasta qué punto, la naturaleza es dominada, sino *cómo* producimos la naturaleza y *quién* controla esta producción.

El tercer capítulo se centra en el tema de la producción del espacio y, más concretamente, del espacio geográfico y de sus distintas escalas. Smith señala en primer lugar que la idea del espacio como receptáculo universal donde

existen los objetos y ocurren los procesos sociales debe someterse a una profunda revisión. Smith examina críticamente las nociones de espacio absoluto y espacio relativo (de manera similar a Harvey en *Urbanismo y Desigualdad Social*) y su particular evolución histórica. Las páginas que el autor dedica a este examen son quizá las más difíciles del libro y resultan un tanto confusas, particularmente para el lector no familiarizado con estos conceptos. Smith intenta demostrar como el capital produce espacios absolutos y espacios relativos, y como la unidad entre sociedad y espacio se define precisamente a través de la noción de producción. Ello tiende a cuestionar las conceptualizaciones mecanicistas que tienden a afirmar que los modelos espaciales «reflejan» la estructura social. En cualquier caso, la discusión no resulta tan estimulante como en el caso de la producción de la naturaleza ni tampoco tan innovadora. En este sentido, Smith reconoce su deuda con el teórico marxista francés Lefèbre, que ya había desarrollado la idea de la producción del espacio con anterioridad.

El análisis específico del desarrollo desigual ocupa los capítulos cuarto y quinto. Primeramente, el autor examina la dialéctica de la diferenciación e igualación geográficas. La tendencia hacia la diferenciación de las condiciones de producción se ha basado durante gran parte de la historia humana en la diversidad de las condiciones naturales. Durante la fase capitalista, no obstante, la creciente concentración y centralización del capital, siguiendo la lógica de la acumulación, reduce progresivamente las diferencias en la división del trabajo debidas a las condiciones naturales. Siguiendo a Marx, Smith propone examinar la diferenciación del espacio geográfico en relación a los conceptos más generales de división social del trabajo y división social del capital. El autor integra ambos conceptos en cuatro niveles: la división social del trabajo y del capital en distintos departamentos (produciendo bienes de producción y bienes de consumo); la división del trabajo y del capital en distintos sectores económicos; la división del capital social en distintos capitales individuales, y, por último, la división del trabajo en el lugar de empleo (p. 108). La diferenciación geográfica que resulta de estos niveles es sobre todo evidente en el de los capitales individuales (concentración y centralización del capital en unos lugares a expensas de otros) y, en menor medida, en el nivel de los distintos sectores de la economía, en donde la diferenciación ocurre de una manera cíclica, siguiendo el movimiento de capital desde sectores de bajos beneficios hasta otros de beneficios más elevados.

A continuación, el autor pasa a ocuparse de la tendencia opuesta, la tendencia hacia la igualación geográfica de las condiciones de producción y del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. Aquí Smith destaca como particularmente significativas las características del capital fijo, en especial su vul-

nerabilidad durante períodos de crisis, y las relaciona con los ritmos de acumulación, siguiendo de cerca las ideas ya expuestas anteriormente por Harvey en cuanto al modelo cíclico de inversión en el medio construido. Una de las contribuciones más significativas del libro es quizá el reconocimiento de la tendencia del capitalismo hacia el equilibrio espacial. En este sentido, es preciso recordar que las críticas dirigidas a la teoría de la localización han puesto en entredicho la noción de equilibrio espacial como suma de las decisiones individuales, base de los modelos de la citada teoría. Por medio de la tendencia a la igualación geográfica, Smith, en cambio, parece dar por válida esta noción de equilibrio espacial que, paradójicamente, no es una construcción ideal, al estilo de los modelos de Lösch o Alonso, sino una tendencia real del modo de producción capitalista.

El último capítulo se centra en el estudio de las escalas espaciales en las que ocurre el desarrollo desigual. Primero, Smith reexamina la tendencia hacia el equilibrio espacial y, siguiendo de nuevo a Harvey, señala como esta tendencia se encuentra continuamente amenazada por la tendencia opuesta. Esta última, la tendencia hacia el desequilibrio, tiene su origen en el esfuerzo de los capitales individuales para romper la igualación de la tasa de beneficio, esfuerzo que se produce principalmente a través del cambio tecnológico. Ambas tendencias operan, pues, en constante oposición, y constituyen una unidad dialéctica, a partir de la cual Smith deriva escalas espaciales concretas.

Smith distingue tres escalas geográficas: la urbana, la global y la de nación-estado. La escuela urbana ofrece el mejor ejemplo de centralización del capital a nivel geográfico. La ciudad es, según el autor, no solamente el espacio de reproducción –a la manera que lo define Castells– sino también de producción. La renta del suelo es el motor a través del cual se produce la diferenciación geográfica del espacio urbano. En la escala global, en cambio, predomina la tendencia hacia la igualación, que resulta principalmente de la universalización del trabajo asalariado y de las condiciones de producción capitalista. Finalmente, la escala de nación-estado es menos el producto de la tendencia contradictoria apuntada anteriormente que una necesidad política, en el sentido de proteger a los capitales nacionales y de controlar a la clase obrera.

Finalmente, Smith utiliza sus análisis anteriores para diseñar una teoría del desarrollo desigual basada en lo que él denomina el movimiento de «vaivén» del capital. El subdesarrollo, como el desarrollo, tiene lugar en cada una de las distintas escalas espaciales. El capital se mueve desde una área desarrollada hacia otra subdesarrollada, de nuevo hacia la anterior y así sucesivamente, con el fin de evitar la tendencia a la caída de la tasa de beneficio. Este proceso es sobre todo evidente en la escala urbana, donde la movilidad del capital es

mayor, y contribuye a explicar el desarrollo reciente de áreas anteriormente deprimidas del interior de las ciudades. No obstante, Smith reconoce las limitaciones de su teoría a nivel regional y, muy especialmente, a nivel global, donde este movimiento de «vaivén», generador de desarrollo y de subdesarrollo, no se manifiesta con claridad.

El desarrollo desigual, concluye Smith, es la expresión geográfica de las contradicciones del capital. La diferenciación del espacio geográfico toma muchas formas concretas pero en definitiva no expresa más que la diferenciación social básica típica de la sociedad capitalista, la diferenciación entre capital y trabajo.

Con *Uneven Development*, Neil Smith ha realizado un esfuerzo teórico que, en la tradición de la geografía radical anglosajona, es paralelo en muchos sentidos al de David Harvey (por el cual está muy influenciado). La aportación del autor a un tratamiento marxista de la naturaleza y del espacio es original y plenamente coherente con los escritos de Marx. Como en el caso de Harvey, su mérito reside, ante todo, en insistir en la plena vigencia del análisis marxista en el mundo contemporáneo, libre de interpretaciones mecanicistas y, por eso mismo, mucho más abierto y sugestivo. Ello abre nuevos horizontes, como el intento de integrar geografía y práctica política, mucho más significativos de cara al futuro que los ahora de moda «excesos postestructuralistas», para emplear la afortunada expresión de Richard Peet, que pueblan las páginas de las revistas de geografía del mundo anglosajón.

La disección de la ideología de la naturaleza llevada a cabo por Smith está repleta de lucidez, y debería ser de lectura obligatoria para todos aquellos que, olvidando la importancia del mundo material, se han dejado llevar por una visión idílica de la naturaleza, de ribetes claramente conservadores. Una de las críticas que pueden dirigirse a Smith es que quizá ha sobrevalorado el papel del capital en el tema de la producción de la naturaleza, a expensas de ésta última. Existen pocas dudas de que, en el mundo actual, gran parte de la humanidad sigue estando muy influenciada por la «primera naturaleza». También hubiera resultado oportuno un tratamiento más esclarecedor del tema de la producción del espacio. No obstante, y por lo que se refiere a la cuestión de la producción de la naturaleza, el enfoque de Smith conduce mucho más allá que el de otras interpretaciones marxistas sobre el tema, desde el determinismo simplista de Wittfogel hasta el idealismo conservador de la escuela de Frankfurt.

Aun y cuando el propio autor reconoce las limitaciones de la teoría del desarrollo desigual, el marco teórico elaborado por Smith puede abrir nuevos caminos para la investigación empírica, especialmente en el ámbito de la geografía urbana. Del mismo modo, puede mostrar el potencial de la geografía

para los marxistas interesados en las cuestiones medioambientales y los problemas relacionados con éstas. Finalmente, debe convencer a los propios geógrafos de que una geografía marxista es no solo posible, sino necesaria para intentar comprender la complejidad del mundo actual y facilitar así su transformación.